



LA ILIADA Y LA ODISEA

20 de marzo de 2019

Texto curatorial de la muestra "La Iliada y la Odisea" de John Flaxman, realizada en el Centro Cultural Peruano Norteamericano de Arequipa, marzo del 2019.

¿Qué tienen los griegos que volvemos a ellos una y otra vez? Cuando los medievales supieron del *Giro Copernicano* y sintieron que su teología no respondía a la vida cotidiana, dirigieron su mirada al mundo clásico y así, Leonardo y Miguel Ángel vinieron a nosotros. Pocos siglos después, los barrocos españoles que lideraron la contrarreforma e influenciaron culturalmente a casi todo el orbe, siguieron forjando sus imágenes inspirados en los dioses griegos, un ejemplo de ello es la célebre *Fragua de Vulcano* de Velásquez. En el *Siglo de las Luces*, los modernos se dieron cuenta que no bastaba la razón ilustrada para fundar una nueva civilización, por ello los neoclásicos y los románticos hurgaron en las ruinas de Atenas para regalarnos escenas que señalaron lo sublime que se encuentra oculto en la naturaleza. La revolución humanística no sólo se sintió en el arte y la arquitectura sino que también, el pensamiento se alimentó de las sesudas reflexiones de las gentes provenientes del Hélade, en ese sentido, a puertas del siglo XX, Nietzsche tuvo la genialidad de unir el mundo de las ideas con la imagen proveniente del mito, acudiendo a las figuras de Apolo y Baco para profundizar en los misteriosos caminos donde la psiqué humana se toca con la nada, de esta manera, el polémico pensador alemán fue determinante para literatos como Thomas Mann y Herman Hesse o pintores como Giorgio de Chirico.

¿Qué tienen los griegos que volvemos a ellos una y otra vez? Una fina intuición de la naturaleza expresada a través de mitos ancestrales, entre los cuales brillan *La Iliada* y *La Odisea* del poeta Homero. Una de las mejores series de grabados dedicados a este tema la encontramos en la obra de Ernst Riepenhausen realizada a partir de los diseños de John Flaxman. Los finos dibujos, que dan la sensación de haber sido realizados de un solo trazo, nos remiten al diseño de los antiguos vasos griegos y expresan la austeridad propia de una civilización que buscaba la belleza como fruto del equilibrio y la moderación. Más allá de la ilustración directa de los relatos homéricos, en el conjunto de grabados vemos la confluencia de dos niveles de la existencia, el divino y el humano, que son atravesados por semidioses atormentados. Los dioses griegos eran una proyección humana y el hombre un intento fallido de alcanzar lo divino, por eso toda la cosmovisión griega era naturaleza:

juego de fuerzas que se equilibran alcanzando cierta armonía o se combaten mutuamente en un movimiento de flujo y reflujo donde no existía la gratuidad sino la fatalidad del destino porque las acciones humanas tenían consecuencias inevitables. Esto es justamente lo que relatan los grabados Riepenhausen/Flaxman: historias de desequilibrios suscitados por el deseo, el odio y la venganza que apreciamos por ejemplo, en la trágica muerte de Héctor a manos de Aquiles y que en el fondo es consecuencia de un intrincado cúmulo de sucesos que tienen su origen en la intemperancia de Paris, quien raptó a Helena de Troya.

¿Qué tienen los griegos que volvemos a ellos en el siglo XXI? Una sabiduría de la naturaleza que se está perdiendo porque nuestros dispositivos electrónicos nos han puesto un filtro que nos aleja de la realidad. El arte griego es considerado “Clásico” porque contiene valores esenciales que no pasan de moda, en esa misma línea podemos decir que la muestra de grabados *La Iliada y la Odisea*, son una ocasión para contemplar aquello esencial que los griegos intuyeron y que expresaron a través del mito, aquello que aún resuena en la vida posmoderna y que se aprecia en una obra que es contemporánea por ser profundamente humana.